

DR. MANUEL NUÑEZ REGUEIRO

CÓNSUL DEL URUGUAY

ROSARIO (R. ARGENTINA)

M. Nuñez

Saluda con el testimonio de su consideración más distinguida al Sr. Ministro de Relaciones Exteriores, ing. Don José Serrato, y le acompaña un ejemplar del diario "La Capital" de esta fecha, conteniendo en su cuarta página un artículo intitulado "NOTAS URUGUAYAS- "José Serrato; un ejemplo", en que el suscrito, empleando su influencia y buena acogida en ese prestigioso órgano de opinión, dedica un comentario oportuno al libro del Sr. Juan Carlos Welker, que firma con el pseudónimo de Civis.

Rosario, 27 de octubre de 1944

Contestado

La Capital
Retire
27/9HH.



NOTAS URUGUAYAS

"JOSE SERRATO: UN EJEMPLO"

El culto a la patria, representado en el culto a los muertos ilustres y a los que viven para honrarla, sin descender a la idolatría del hombre por el hombre, tiene su santoral de escogidos cuyos nombres son verdaderos símbolos y nuncios promisorios de mejores cosas. Pero, el símbolo humano sólo vale cuando puede señalarse como ejemplo viviente, que merezca sobrevivir como un bien permanente sobre lo efímero y perecedero de los apetitos de la tierra. Por ello damos la bienvenida a un libro cuyo autor ha encontrado en su título o asunto el símbolo o gloria legítima que da tema a sus páginas revestidas de gran interés y de valor documental histórico tanto más estimable cuanto más fiel y verdadera es la fuente limpia en donde busca sus inspiraciones y elementos de juicio más precisos e incontrovertibles.

El libro se intitula: "José Serrato: un ejemplo"; y su autor, Juan Carlos Welker, cree habernos dado en ese meduloso trabajo clara y bellamente escrito, una "interpretación de la vida de un hombre creador y esbozo de un proceso político-económico-constitucional que aun no ha terminado". Quien conozca a fondo el carácter, significado y acción de esa "vida ejemplar", no puede sino adherirse devotamente al juicio ponderado, justo y cálido con que el señor Welker destaca la personalidad prestigiosa del actual canciller uruguayo.

Para honra y gloria del Uruguay y de América misma, José Serrato, no es sólo un ex mandatario, un estadista ilustre, un internacionalista eminente, un ciudadano del Nuevo Mundo: es algo más que todo esto: es un hombre, es un ejemplo; es un símbolo. No pudo ceñirse en la "difícil tarea de ser hombre" mejor corona de prez y señorío del espíritu. Quien lea este libro comprenderá el compromiso y sentido moral profundo que tiene allí esa palabra para la conciencia uruguaya, continental y ecuménica de nuestros días. El ingeniero Serrato está ahí en esas páginas en su más rico y adecuado escenario, con su perfil auténtico e histórico de paladín de las libertades, de la democracia y de los intereses perennes de la cordialidad y comunidad continentales. Su vida se refleja fielmente en el ambiente de los hechos, hombres y cosas. El político, el técnico en los ministerios de Fomento y Hacienda; el parlamentario; el que fué presidente de todos los orientales; el presidente del Banco de la República; el presidente del Comité Nacional pro Aliados; el presidente del Comité Nacional pro candidatura Amézaga; el ministro de Relaciones Exteriores; el artífice que defiende su hermosa tesis de la personalidad humana o del individuo, libre frente al Estado; y el que corona su conducta de colaborador con el binomio Amézaga-Guani, habiendo culminado su entrañable apostolado en favor de la defensa de América y de sus ideales de fraternidad y solidaridad con las naciones unidas con un gesto olímpico de adhesión en la reciente fiesta de la liberación de la Francia aterna; José Serrato, en fin, tiene allí en esas páginas de Welker, no sólo un elogio sereno y merecido, sino también su apologista, su biógrafo, su historiador justiciero.

"La grandeza de José Serrato está en su vida", nos dice. "Es todo un hombre". Su afán mayor fué "combatir a las tiranías". Si José Batlle y Ordóñez fué "el genio que rebasó a las Américas", este gran estadista tuvo la visión certera de "elegir a Serrato para completar su obra". Y en su amor ferviente por la libertad, José Serrato, sintiéndose político, sabiéndose estadista, supo, como queiría Rudyard Kipling, en su poema, llegar a ser un hombre". Y, como Batlle y Ordóñez, supo también estar a tono y gran altura con las necesidades de la hora y vivir sus propios postulados con una conducta rectora, que enaltece a la Patria "por encima de todo".

Es José Serrato quien, en su decidido empeño por defender y custodiar las libertades públicas, la democracia y la justicia, nos habla de librarnos de "un mundo flagelado por el despotismo y amenazado por la barbarie". Por lo cual, fiel al culto democrático y al sentido de la dignidad humana, que fué — declara — "impulso y bandera de nuestras reformas sociales" y a fin de salvar el patrimonio vivo de la nacionalidad de los orientales, pide en el momento oportuno a ese pueblo "el honor de su adhesión y su sufragio a las candidaturas democráticas de Juan José Amézaga y Alberto Guani". Y lo hace suscribiendo el párrafo final de este discurso, con un "viva la República" que fué como la voz del oráculo cuyo vaticinio debía cumplirse en una justa electoral memorable, como el acento surgido del fondo sagrado de las urnas que guardan en el Panteón Nacional de Montevideo, los despojos mortales de los "padres de la patria".

Tal es la figura del ingeniero don José Serrato, engrandecida por sus propios títulos y merecimientos y bellamente modelada con atributos personales viriles y bien definidos en las páginas de Juan Carlos Welker. Este autor se ha hecho, de este modo, honor a sí mismo en la tarea realizada con tan noble y patriótico aliento, a fin de justipreciar el valor ejemplar y perdurable del que ha sabido entrar en la historia junto a aquellos otros repúblicos y ciudadanos ilustres cuyos nombres son verdaderos símbolos para las presentes y futuras generaciones. — Olvis.